**“Y esto les servirá de señal:**

**encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12)**

Navidad es un tiempo de inversión, la historia cambia y se hace completamente nueva. Es de difícil comprensión entender un Dios que se asume por completo la humanidad y no solamente eso, sino que la asume en la más completa de las vulnerabilidades, un niño pequeño. Parece que la historia la hemos repetido tantas veces, conocemos el pesebre o en la versión de Mateo la casa, conocemos a los pastores, a María, José y el niño, conocemos los Reyes, y podemos recrear distintas imágenes de ese momento que a través de la tradición celebramos año tras año. Es indudable la ternura que produce el nacimiento de un pequeño, más aún en las condiciones relatadas, esa condición de vulnerabilidad toca la fibra más…. Hasta aquí alcancé a escribir cuando desde Chile me llegó la noticia de que habían encontrado el cuerpo de una joven que fue asesinada en Santiago; María Isabel Pávez y no supe que seguir escribiendo. Anoche celebramos la misa en comunidad, una misa entrañable bajo una noche estrellada y un viento que nos regalaba el frescor en medio del verano, pero en mi corazón y en mis entrañas seguía conectada con María Isabel y la misa lo hizo aún más. Y pensé en eso que había escrito horas antes sobre la inversión y recordé lo rezado durante este año y lo que ahora celebrábamos en la Eucaristía, que no se puede entender Jesús sin nacimiento, pasión muerte y resurrección. Pareciera que escribir así es oscurecer la nochebuena, cómo si por algunas horas quisiéramos alejarnos del dolor del mundo y provocar una esperanza que todo lo cambie y lo inunde. Pero ¿la maldad se alejará de la faz de la tierra? Pareciera que no, porque ni en la propia realidad de Jesús la maldad se alejó, ella fue la que le llevó a experimentar la peor de las muertes, y entonces ¿qué sentido tiene celebrar la navidad? Y ahí viene lo radical, Dios asume lo humano, no solamente lo maravilloso y tierno que supone en nuestras vidas lo nuevo que se gesta en un nacimiento, sino que asume las condiciones más absolutas de precariedad, vulnerabilidad, marginación y pobreza. Dios vive en esta realidad, la hace suya, elige lo “despreciado de Nazareth” para vivir el día a día. Su nacimiento, su vida, y con ello su pasión y muerte significan la vida asumida hasta las últimas consecuencias para generar un cambio. Que los pobres ya no sean pobres, que los poderosos asuman su condición y bajen de sus “tronos”, que las mujeres sean tratadas con dignidad asumiendo su rol protagónico en la historia, como ser la madre de Dios, como ser hermanas, discípulas y apóstolas. Un Dios que crece en lo pequeño y pobre, que vive el exilio político, que hace vida permanente con quien está a los márgenes del camino y que, por vivir esos dolores profundos, por buscar la justicia, por denunciar a los poderosos y malvados, termina muriendo en la cruz. Pero si, la encarnación no puede ser entendida sin resurrección, así como Dios vive esa palabra nueva y genera vida a través del Sí de María, en la resurrección la palabra es definitiva. Jesús a través de su vida crea la mejor Nochebuena de la historia y la hace permanente, porque, en esa condición de Hijo, nos hace hermanos y hermanas, discípulos y discípulas de un Dios que no se dejó vencer, no se calló e hizo de su vida una Navidad permanente pues cada vez que uno de nosotros asume los caminos que él vivió, Dios vuelve a nacer.

En memoria de María Isabel Pávez.

Uruguay 25.Dic.2020

María José Encina. Hermana comunidad Adsis - Uruguay